

La Función Social de la Escuela en las ideas de Sarmiento

LAURA G. CASTRO DE AMATO

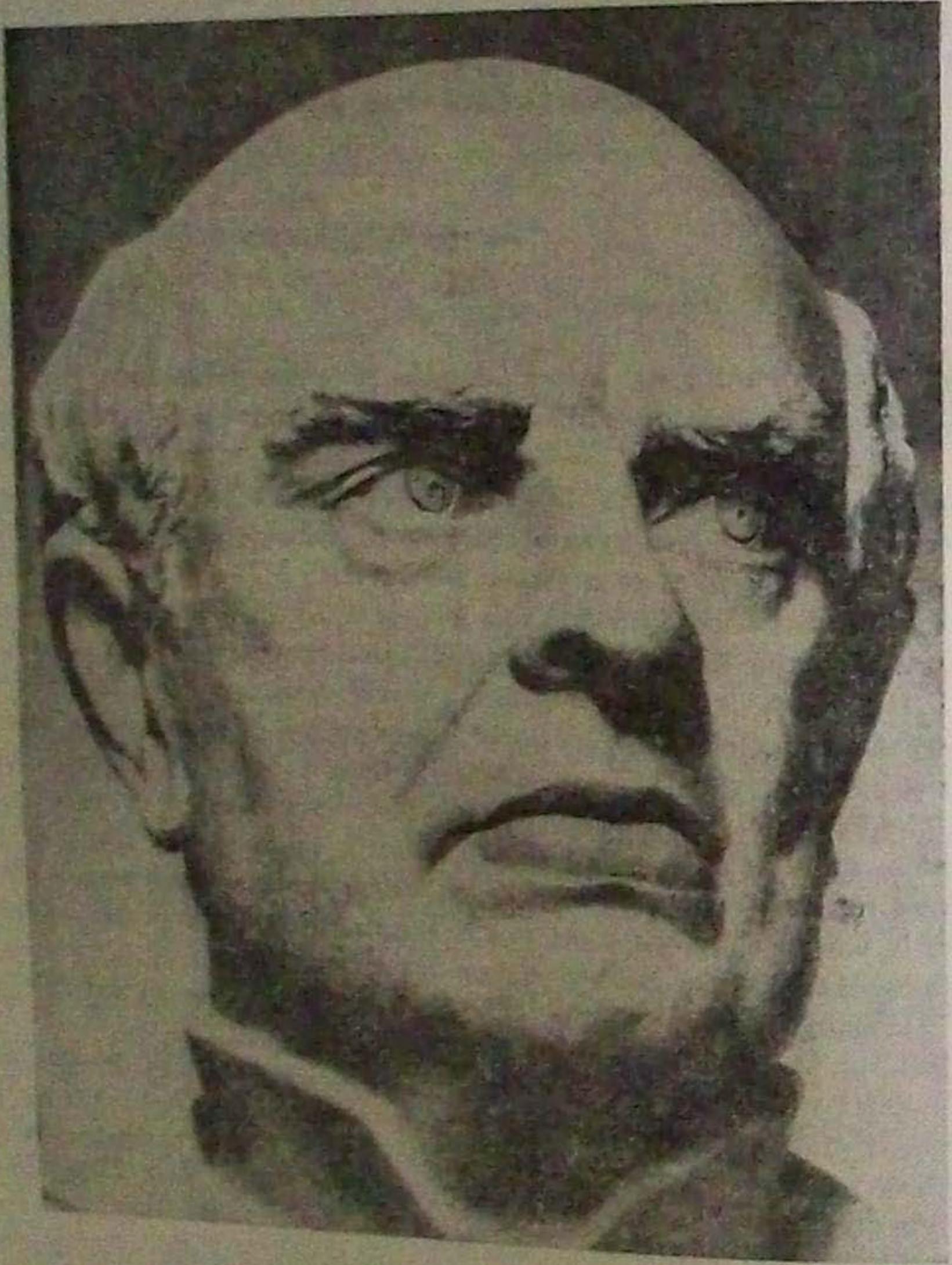
ENTRE las muchas razones por las cuales Sarmiento nos asombra, figura la continuidad de pensamiento que se da en sus obras con relación a lo que él pensó que era la función social de la educación, de la escuela y del maestro. Lo que sostuvo en Chile en 1842, lo sigue sosteniendo en 1886, cuando nos cuenta, por ejemplo, sobre la educación de Dominguito. No podemos decir que esa continuidad es no evolución: es concepción del poder y el deber de la educación, tan firme, tan sólido y en muchos aspectos tan extraordinariamente actual, que, con Ricardo Rojas, nos inclinamos, admirados, ante el profeta.

Nos dice Rojas en "El pensamiento vivo de Sarmiento", pág. 12: "Lo que interesa a la posteridad y a los extraños es su espíritu de profeta, su influencia de predicador, su empeño por cambiar la historia de un continente. Eso es lo que hay en él de ecuménico y de genial: su valor humano, su mensaje, su pasión, su estilo y eso es lo que ha quedado como documento originalísimo en los cincuenta y dos volúmenes de sus "Obras" que son como un solo libro por la unidad del fervor y del acento, especie de autobiografía a la vez que admonición a su raza en nombre de principios universales".

Para comprender a Sarmiento, hay que comprenderlo en su época. Para admirarlo, hay que comprenderlo en su proyección.

Era un romántico y un realista. Romántico, por formación. Realista en observar problemas y proponer soluciones concretas. Discutió, luchó, escribió y realizó, cuando había que crearlo todo: desde ideas y leyes hasta métodos y libros de lectura. "Soy un fanático de la educación" decía de sí. Y ese fanatismo llenó su vida de acción y de fervor.

"Trajo un mensaje y cumplió su ardua empresa con la constancia de un apóstol y con la fe de un misionero. Vio la realidad sudamericana con lucidez angustiosa y quiso transformarla bruscamente, sin solidaridad con el pasado, mediante métodos nuevos y en virtud de esperanzas que trascendían del



destino de nuestro continente al destino de la humanidad. América no ha producido otro hombre como él ni Europa tiene en su historia un personaje que se le parezca. Usó del periodismo y de la escuela en un país analfabeto para un intento político y logró realizar la reforma social que se propuso. En eso consiste su originalidad". (o. cit., pág. 18 y 19).

Rastreando su pensamiento a través de lo que escribió y partiendo desde sus conocidas posiciones sociológicas, en este artículo se presentarán algunos aspectos menos difundidos de sus ideas en donde se acerca, con visión que nos asombra, al concepto actual que de la función social de la escuela tiene la más moderna educación. Sigamos pues el hilo de sus ideas sostenidas a través de años en discursos, informes, artículos y otras obras literarias pero advirtamos la continuidad de las mismas y la profética visión de los problemas.

La función social de la educación

"La empresa gloriosa de nuestro siglo es la de difundir en toda la masa de los habitantes de un país, cierto grado de instrucción para que cada uno pueda abrirse honorablemente acceso a la participación de las ventajas sociales y tomar parte en el Gobierno de todos para todos. No hay república sino bajo esta condición, y la palabra "democracia" es una burla, donde el gobierno que en ella se funda, pospone o descuida formar al ciudadano moral e inteligente". (Mensaje al Congreso, sesiones de 1870, mayo 15. Tomo L, pág. 368).

"Los que pretenden la gloria de llamarse una Nación, deben vivir en el porvenir lejano, como en el presente, más allá de donde alcanzan nuestros ojos. Un país extenso y despoblado, habitado por masas ignorantes y desmoralizadas, puede producir cierta cantidad de riqueza que contente las aspiraciones de algunos y engendrar la independencia que produce la ausencia de comprensiones sociales; pero ahí se estará incubando el germen de las enfermedades que han de postrarla o aniquilarla un día". (Papeles del Presidente. Mensaje de apertura al Congreso, mayo de 1872. Tomo LI, pág. 217).

"He de someteros proyectos de ley para dar el mayor ensanche posible a la difusión de la educación entre las clases y las partes de la República que más la necesitan. En ello estáis vosotros mismos empeñados, si he de juzgar por lo ya hecho, y está comprometido también mi nombre, que se asocia en el concepto público con la educación del pueblo. Si no la promoviera más que en cualquier otra sección americana, los antecedentes de mi vida quedarían como vana

ostentación de aspiraciones, que la posesión de poder y la ocasión de realizarlas dejó en descubierto. Quedaría establecido que en nuestro país el influjo del Gobierno es impotente para romper con la tradición de la ignorancia que nos ha legado la colonización; y que era más hacedera la brutal tiranía de Rosas que prevaleció veinte años, que entablar un sistema de educación general para todos, que nos preparase como Nación, para llamarnos y serlo en realidad, pueblo civilizado.

"La educación del pueblo es hoy preocupación de la humanidad. Este sentimiento es expresión de lo que antes se llamó religión, nobleza, cultura. Educarse es, simplemente, ser hombre libre". (Mensaje al abrir el Congreso en 1869. Tomo I, págs. 167 y 168).

"Por lo demás creemos que es llegado el momento de agitar la cuestión de las escuelas y hacer revivir en los unos y nacer en los otros el deseo de hacerlas prosperar y extender su benéfico efecto por todos los extremos de la república. Sin civilización, sin luces, no hay gobierno posible sino el despotismo. No hay industria ni riqueza. Y la civilización de un país no está en los colegios ni en las universidades: está en las escuelas primarias cuando están montadas sobre un plan liberal, filosófico y razonado". (Creación de la Escuela Normal de Preceptores. *El Mercurio*. Marzo de 1842. Tomo IV, pág. 277).

Vemos en las citas anteriores su conocida concepción: educar al soberano para que pueda ejercer los derechos y funciones políticas. Pero vemos algo más: "en la ignorancia y en la desmoralización se incuba el germen de las enfermedades sociales". Y otra cuestión importante: "educarse es simplemente ser hombre libre". No es sólo ejercer derechos políticos: es vivir en dignidad. Sin educación —dice— no hay industria ni riqueza. Y la civilización no está en los colegios y universidades (que son para los menos) sino en las escuelas primarias (que son para los más).

En la siguiente cita fija su concepto de la educación nacional o primaria y la importancia que tiene:

"La instrucción primaria, en su humilde forma, afecta todos los intereses sociales, puesto que se nos pide decir: ¿cuál es su influencia en la moralidad, en la industria y en la prosperidad general de las naciones? ¿De cuál otra institución pública podrían esperarse resultados tan diversos y de tanta trascendencia?

"La instrucción primaria, para darle su verdadero significado, será considerada en este trabajo como la *Instrucción Nacional* o el grado de educación que tiene o recibe un pueblo culto para prepararse debidamente al desempeño de las múltiples funciones de la vida civilizada.

“Mirada la instrucción primaria bajo este aspecto, desaparece la aparente antítesis entre la oscuridad y pequeñez del agente y la omnímoda extensión que se señala a su influencia.

“En el interés de todas las clases de la sociedad está el desarrollo de la *Educación Nacional* que es la que se llama primaria, y como el porvenir del país, como su tranquilidad, su libertad y riqueza, dependen todos de esta única cuestión: dar la mayor suma de instrucción posible al mayor número de habitantes en el menor tiempo que sea dado a la acción combinada del Estado y de los ciudadanos”. (Tomo XXII. *Educación común*. Cap. I: Premisas para fijar las cuestiones relativas a la Instrucción Primaria. Págs. 7, 8 y 10. Chile, 1856).

Aparece en la cita siguiente su profunda concepción moral del valor de la educación, unida a otra: no basta enseñar aseo, hay que tener camisa que mudarse. Veamos:

“Pero no sólo la instrucción primaria, como adquisición contribuye a mejorar las costumbres, elevando el alma por el desarrollo de las facultades intelectuales, sino que las escuelas son la única ocasión que la generalidad de los habitantes tiene de adquirir hábitos morales. Las costumbres son la moral práctica. Las buenas costumbres en las clases acomodadas las da la casa en que viven, el aseo a que se habitúan, el sentimiento de la dignidad propia, el freno de la crítica, el bien parecer y las ideas de moral y de decencia que son comunes a todas las sociedades cristianas.

¿Qué son las costumbres sino los hábitos?

“Las costumbres, los hábitos, se fundan sobre hechos y requieren un modo de ser particular. No se habituara al aseo, esa moral del cuerpo, quien no tenga camisa que mudarse. La formación de las costumbres depende pues, de hechos materiales y de la desaparición o atenuación de las dificultades que embarazan el repetir ciertos hechos saludables, hasta adquirir el hábito de obrar bien siempre, es decir, en conformidad al precepto moral.

“De esta verdad dan testimonio todos los siglos y la esterilidad de los esfuerzos para morigerar las costumbres de las masas mientras cierta suma de bienestar y cierto grado de desarrollo intelectual, no vinieron en auxilio de los preceptos a hacer menos enérgica la tentación a que cede sin resistencia el menesteroso azuzado por la necesidad, el ignorante, imprevisor por irreflexión y brutal por no tener ejercitadas las facultades del alma”.

Tomo XXII *Educación Común* Cap. I Influencia de la instrucción primaria en las costumbres y en la moral pública. Págs. 32-33. Chile 1856.

“El poder, la riqueza y la fuerza de una nación dependerán de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen y la

educación pública no debe tener otro fin que el aumentar estas fuerzas de producción, de acción y de dirección aumentando cada vez más el número de individuos que las posean. La dignidad del Estado, la gloria de una Nación, no pueden ya cifrarse, pues, sino en la dignidad de condición de sus súbditos y esta dignidad no puede obtenerse sino elevando el carácter moral, desarrollando la inteligencia y predisponiéndola a la acción ordenada y legítima de todas las facultades del hombre".

Tomo XI Instrucción Pública. Pág. 35.

Ese es, entonces, su concepto social de la educación: un Estado es tan digno como lo es su pueblo y la dignidad está unida a la educación. Sócrates no lo dijo mejor.

¿Qué debemos educar? ¿Cómo? ¿Hasta cuándo? Veamos:

"Educad cada niño hasta el tope de sus facultades y no sólo habréis puesto a cubierto la comunidad de las depredaciones del ignorante y del criminal sino que le habréis devuelto en su lugar buenos ciudadanos, rectos magistrados, ilustrados estadistas, inventores científicos, y una predominante influencia en favor de lo que es honrado, virtuoso y verdaderamente bueno. Educad cada niño física, moral e intelectualmente desde la edad de cuatro a veintiún años y muchas de vuestras prisiones, penitenciarias y asilos de mendigos serán convertidas en otras tantas escuelas de industria y en templos de saber; y la inmensa suma contribuida para su sostén será dirigida a canales más productivos de bien. Educad cada niño, no superficialmente, sino de una manera cumplida, desarrollando cada facultad de su naturaleza, cada capacidad de su ser, y habréis infundido un nuevo y vigorizador elemento en la vida misma de la civilización, un elemento que se difundirá por cada vena y arteria del sistema social y político, purificando, vigorizando y regenerando todos sus impulsos, elevando sus aspiraciones y suministrando un poder igual a las exigencias de su energía y recursos". (Tomo LXIV. Segundo informe del Departamento de Escuelas. Págs. 43-44, Bs. As., abril 10 de 1958).

LA FUNCION SOCIAL DE LA ESCUELA

No es mucho lo que difiere la idea de Sarmiento al respecto, de lo que consideramos actualmente como socialización del niño en la escuela, obrando ésta como un sistema social:

"El hecho solo de salir cada niño del estrecho círculo de la familia, de la presión de su modo de ser habitual, la reunión de un grupo de seres bajo



una autoridad, echa en el ánimo el primer germen de la asociación; es preciso obrar no ya conforme a la inspiración del capricho individual, sino en virtud de una cosa como deber, según un método como regla, bajo una autoridad como gobierno, con un fin que se dirige más allá del tiempo presente. He aquí ya la moral inculcada, la naturaleza ruda sometida y disciplinada; empieza a haber costumbre, hábito diario de obrar, de dirigir las acciones a un fin". (Tomo IV. Instrucción Pública. Los maestros de escuela. *Monitor de las escuelas primarias*, 15 de octubre de 1852, pág. 421).

Y nos cuenta luego, en la "Vida de Dominguito" Tomo XLV Apéndice. La escuela. Pág. 299.

"Allí continuó aprendiendo a leer y escribir y empezó a ponerse en contacto con todos los niños, entrar en la rutina vulgar de la enseñanza metódica y administrada por mayor a centenares, convénganle o no, a éste o al otro, iniciándose en los vicios, artimañas y prácticas de los niños; perversa instrucción que se insinúa por los poros, que se respira en la atmósfera; perversa, pero necesaria, edificante y útil. Esta es la sociedad en que ha de vivir siempre y con el buen grano ha de crecer la cizaña. ¡Ay del que intente sustraerse a ella! Se quedará inapto para vivir la vida tal como ella es".

¿Queremos una función más moderna de la escuela? Pero nos falta aún. Sarmiento no pensaba, de ninguna manera, que "la letra con sangre entra". Veamos a qué aspiraba en cuanto a *métodos de educación*:

"¡Qué vida la del pobre niño, trabajando, pensando, sin tener voluntad para lo uno ni capacidad para lo otro, pues su instrumento, su órgano, está incompleto! Ni conoce el valor de las palabras que le dicen, ni las cosas que representan, ni siquiera el objeto para qué se aprende tanta sonsera: gramática, geografía, escritura, todo mecánicamente, todo sin aplicación a su vida de niño. ¡Para cuando sea hombre! Bonito argumento; como si un niño pudiera pensar en el día de mañana, ni en cosas para aquí diez años.

"Mucho se han mejorado los sistemas de enseñanza; mucho han ganado los niños con los nuevos métodos... Pero mucho falta todavía para que un niño quiera leer, escribir, contar, con la misma pasión impulsiva con que quiere correr, jugar, reír, hablar; y sin embargo, un método debe haber, ha de encontrarse al fin, de educar el alma por los mismos medios que se educa el cuerpo; pues qué educación del cuerpo es esa gana de correr sin la cual los miembros se quedarían débiles. Sin la multitud de juegos infantiles, el trompo, la pelota, la raqueta, etc., la mano y el ojo no adquirirían precisión en los movimientos. El gritar y el llorar ejercita los pulmones; el continuo hablar enseña el uso de la lengua, que es la más difícil tarea que el niño está

desempeñando diariamente. Acaso, ¿es nada aprender un idioma entero? ¿Por qué no habrá de encontrarse un medio, o muchos medios, de hacer que sus niños importunen a sus padres por aprender a leer, a escribir, a contar, como lo hacen por jugar? El día que leer, escribir y demás, sea necesario y útil para algo relativo a la infancia, los niños aprenderán solos; y ese día no está lejos, por más que se crea. La sociedad marcha a acelerar la vida, o más bien a prolongarla empleándola útilmente acumulando sensaciones, suprimiendo distancias, agrandando la época de acción... La vida se prolonga además, tomándole a la pubertad el tiempo y dándoselo al hombre, pues ya es hombre el niño antes de ser púber, como se ve en las naciones nuevas, viriles y cultas como los Estados Unidos. Las máquinas y la común educación van produciendo otros cambios y tanto se exige del hombre, y tantos medios va adquiriendo, que no desespere llegará un día en que los conocimientos estén en la atmósfera y se respiren en el aire o se vean en las murallas de los edificios y los niños y los adultos los adquieran de por sí, sin compulsión, porque no podrán vivir sin ellos y nadie nos fuerza a comer si no es el hambre, y a beber si no es la sed. ¿Cómo, pues, crear una secreta y constante hambre y sed de saber? He aquí el problema de la civilización.

"Que no es imposible, lo prueba el resultado mismo del saber, que hace que el hombre instruido pase la vida leyendo, instruyéndose, aprendiendo. Con sólo existir diarios, ya nadie puede pasarse sin leerlos diariamente, y con el cable nadie hay que viva tranquilo si no sabe lo que pasaba ayer en Europa. Eso pues, que es el fin y el medio, debiera estar al principio: deseo de saber. Y entonces los niños incomodarán a sus padres, para que los dejen aprender". (Tomo XLV. *Vida de Dominguito*. Apéndice. Instrucción. Págs. 293 a 295. B. A. S., 1886).

LA ESCUELA Y LA COMUNIDAD

En muchas ocasiones, a través de las páginas de sus obras, encontramos repenidas formas y alcances diferentes, ideas como estas:

"La educación debe ser local, como es local la ubicación del hombre sobre la tierra" (Tomo XII. *Educación común*. Pág. 224).

"La escuela no se funda con niños, sino con leyes, con rentas especiales, con la cooperación de los padres de familia, con erogaciones espontáneas y con espíritu público que les de vida. La instrucción común parte del corazón de los vecinos y sin sus simpatías, sin su anhelo, será siempre planta raquítica, culti-

vada en suelo ingrato e incapaz de propagarse. El espíritu público es la vida de un pueblo y donde no existe es preciso hacerlo nacer, especialmente para la enseñanza común". (Tomo XXIII, págs. 253 y 254. Mensaje al Poder Ejecutivo de la Provincia sobre la creación de Centros Agrícolas a lo largo del Ferrocarril del Oeste. Agosto 1860).

"La educación primaria no necesita sino de la cooperación de los particulares; abandonándola a su propio movimiento, marchará a paso seguro. El espíritu democrático no se contentará con medios oficiales; necesita cada individuo obrar personalmente en la grande obra del desenvolvimiento intelectual". (Tomo XII. *Educación común*. Espíritu democrático. Pág. 176, febrero 1845).

"Pero la instrucción primaria es la medida de la civilización de un pueblo. Donde es incompleta, donde yace abandonada y al alcance de un corto número, hay un pueblo semi bárbaro, sin luces, sin costumbres, sin industrias, sin progresos. Lo contrario sucede donde la instrucción primaria llama la atención de todos y se hace un interés de primer orden, no solo para el gobierno que la establece, reglamenta y dirige, sino para cada padre de familia que vigila en el adelanto de sus hijos y mira la escuela de su departamento o de su parroquia como una propiedad suya en cuya buena conservación están interesados el honor del lugar de su residencia, su propia utilidad y la de todos sus convecinos". — (Tomo XXVIII. *Análisis*. Santiago, 1842. Pág. 28).

Así concibió la educación la mente de ese hombre extraordinario. Sus ideas con relación a las funciones del maestro, los libros, el periodismo, las bibliotecas populares, la educación de la mujer, nos sorprenden aún hoy y entonces marcaron rumbos.

Por su influjo nació la gran ley educativa de 1875 de la Provincia de Buenos Aires, en la que se inspiró nuestra ley 1.420, la que durante ochenta años ha formado la mentalidad del pueblo más democrático del mundo.

El maestro argentino, de cuya misión tan hermosas palabras han dicho, nació digno y respetado, por su obra.

El vislumbró la República del porvenir, la que aún tenemos que forjar por la educación, la ciencia, la agricultura, la industria y la democracia.

Sus errores son los errores del genio. Del que de todo habló, de todo opinó y de todo hizo por su país, con pasión y fervor. Otros Sarmientos nos hacen falta para completar la obra. Con su temple de hierro, su fe en el destino del hombre, su audacia creadora. Hombres así marcan los rumbos.